

§ 1.—*Las costumbres.*

## I

Diez y siete siglos hacía que sobre el espíritu del hombre pesaba un triste pensamiento, que ora le anonadaba, ora le exaltaba y enervaba, sin apartarse nunca de él en tan largo espacio. Era la idea de la impotencia y de la decadencia humana. Contribuyeron á su nacimiento la corrupción griega, la opresión romana y la disolución del mundo antiguo; y ella, á su vez, había dado nacimiento á la resignación estoica, á la despreocupación epicúrea, al misticismo alejandrino y á la espera cristiana del reino de Dios. «El mundo es malo y está perdido; desprendámonos de él por la insensibilidad, por el aturdimiento y por el éxtasis.» Así hablaban las filosofías; y la religión agregaba que el mundo iba á acabar: «Preparaos, porque se acerca al reino de Dios.» Durante mil años, las ruinas que por todas partes se acumulaban insinuaron de continuo en los corazones ese fúnebre pensamiento; y cuando del fondo de la imbecilidad extrema y del universal infortunio levantóse el hombre feudal por la fuerza de su valor y de su brazo, se encontró, como traba de su pensamiento y de su acción, la concepción aniquiladora que, proscribiendo la vida natural y las esperanzas terrestres, erigía en modelos la obediencia del monje y los deliquios del iluminado.

La idea fué de mal en peor, por su propia virtud. Porque la tendencia inherente á semejante concepción, como á las miserias que la engendran y al desaliento que consagra, es suprimir la acción personal y sustituir la invención con la sumisión. Desde el siglo xiv se ve reemplazar insensiblemente á la fe viva la regla muerta. El pueblo cristiano se pone en manos del clero, que, á su vez, se pone en manos del Papa. Las opiniones cristianas se someten á los teólogos, sometidos, por su parte, á los Padres. La fe cristiana se reduce al cumplimiento de las obras, y éste al cumplimiento de los ritos. La religión, fluida en los primeros siglos, se petrifica, se transforma en duro cristal, y el grosero contacto de los bárbaros deposita encima una capa de idolatría: se ve aparecer la teocracia y la Inquisición, el monopolio del clero y la prohibición de las Escrituras; el culto de las reliquias y la compra de las indulgencias. En vez del cristianismo, la Iglesia; en vez de la creencia libre, la ortodoxia impuesta; en vez del fervor moral, las prácticas prefijadas; en vez del corazón y del pensamiento fecundo, la disciplina externa y maquinal: son los caracteres propios de la Edad Media. Con esas ligaduras, acabó por no pensarse: la filosofía había vuelto al manual; la poesía á las puerilidades; y el hombre inerte, arrodillado, poniendo su conciencia y su conducta en manos del sacerdote, no parecía más que un maniquí á propósito para recitar un catecismo y salmodiar un rosario (1).

Por fin, torna la invención; torna gracias al esfuerzo de la sociedad laica que ha rechazado la teocracia,

(1) Véase en Brujas los cuadros de Hemling (siglo xv). No hay pintura que permita comprender tan bien la piedad eclesiástica de la Edad Media, completamente semejante á la de los budhistas.



que ha mantenido el Estado libre, y que ahora resucita ó descubre, una á una, las industrias, las ciencias y las artes. Todo se renueva: se descubren la América y las Indias; se conoce la figura de la tierra; se anuncia el sistema del mundo; se funda la filología moderna; principian las ciencias experimentales; brotan como una mies las artes y la literatura; se transforma la religión; no hay región de la inteligencia y la actividad humanas que no desbroce y fecunde ese esfuerzo universal. Es tan grande, que pasa de los innovadores á los rezagados, y frente al protestantismo que erigió levanta un catolicismo. Parece que los hombres abren los ojos de repente y *ven*. En efecto, entran en una forma de espíritu nueva y superior. El rasgo característico de esa edad es que los hombres no conocen ya las cosas fragmentaria y aisladamente, ó mediante clasificaciones escolásticas y mecánicas, sino en conjunto, en ojeadas generales y completas, con esa comprensión apasionada de un espíritu simpático que, colocado delante de un vasto objeto, le penetra en todas sus partes, le sondea en todos sentidos, se le apropia, se le asimila, se queda con su imagen grabada viva y profundamente, tan viva y profundamente que se ve obligado á traducirla y exteriorizarla en una obra de arte ó en una acción. Un calor de alma extraordinario, una imaginación exuberante y magnífica, semi-visiones, visiones completas, artistas, creyentes, fundadores, *creadores*: he ahí lo que produce semejante forma de espíritu; porque, para crear, hay que tener, como Lutero y San Ignacio, como Miguel Angel y Shakespeare, no una idea abstracta, parcial y seca, sino una idea figurada, cabal y sensible, una verdadera criatura que se agita interiormente y pugna por salir á luz. Este es el gran siglo de Europa

y el momento más admirable de la vegetación humana. Aun hoy vivimos de su savia, y no hacemos más que continuar su germinación y su esfuerzo.

## II

Cuando el poder humano se manifiesta tan claramente en obras tan grandes, no es maravilla que cambie el modelo ideal y reaparezca la antigua idea pagana. Reaparece, trayendo consigo el culto de la belleza y de la fuerza: primero, en Italia, porque es el más pagano de todos los países de Europa, el más próximo á la civilización antigua; después, en Francia y en España, en Flandes (1), y hasta en Alemania, para llegar, en fin, á Inglaterra. ¿Cómo es que se propaga, y qué revolución han sufrido las costumbres que á la sazón une por doquiera á todos los hombres un sentimiento olvidado hacia quince siglos? Es que la condición de los hombres mejora, y ellos lo experimentan. El modelo ideal expresa siempre la situación real, y las creaciones de la imaginación, como las concepciones del espíritu, no hacen más que manifestar el estado de la sociedad y el grado de bienandanza; hay una correspondencia constante entre lo que el hombre admira y lo que el hombre es. Cuando la miseria agobia, cuando la decadencia es visible, ó

(1) Van Orley, Michel Coxie, Franz Floris, los de Vos, los Sadler, Crispin de Pass y los maestros de Nuremberg.